

Historia de Vida N° 10

TOMÁS CHOOC

“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. Estaba viva.”



Liga Guatemalteca de
HIGIENE MENTAL

74 años

Programa TODOS POR EL REENCUENTRO

20 de mayo de 1999 - 20 de mayo de 2026

¡HASTA ENCONTRARLOS!



TOMÁS CHOC

“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. Estaba viva.”

Programa TODOS POR EL REENCUENTRO
20 de mayo de 1999 - 20 de mayo de 2026

www.ligadehigienemental.org / www.todosporelreencuentro.org

Email: ligaghm@gmail.com

CRÉDITOS:

LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL

12 Calle "A" 0-27, zona 1

Teléfonos: 2232 6269 y 2238 3739

Director: **Marco Antonio Garavito Fernández**

Investigación y Redacción: **Carolina Chacón**

Edición y Corrección: **Angela Reyes y Marco Antonio Garavito**

Impreso en: **Soluciones Gráficas**

2

Las opiniones contenidas en el siguiente material es responsabilidad exclusiva de la LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL y sus autores. Derechos reservados. Se permite su reproducción, parcial o total por cualquier medio, siempre que se cite la fuente.

Con la colaboración de:



**Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament**



**Generalitat
de Catalunya**

Entidad Colaboradora:



El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL y no refleja necesariamente la opinión de la ACCD





LA MONTAÑA NOS GUARDÓ LA VIDA

Mi nombre es Tomás Choc, pertenezco a la etnia Maya-K'iche'. Nací el 1 de enero de 1946, en el cantón Buenos Aires de la Finca San Francisco, en San Juan Cotzal, El Quiché. Mi papá era originario de Uspantán y mi mamá de Santa Cruz del Quiché. Este año celebré junto a mi familia, mis 80 años de vida.

Nunca fui a la escuela, ni un solo día, las letras las aprendí por mi cuenta, yo solo aprendí a leer y a escribir. Crecí trabajando con mi papá, usando machete y hacha, haciendo las tareas de la finca, así era la vida de uno. La tierra fue lo primero que conocí, desde pequeño crecí así, trabajando con mi papá, de ahí comíamos, de ahí vivíamos. Por eso uno le agarra cariño a la tierra, porque ahí está todo.

En mi casa, los cantos y el rosario eran parte de nuestra familia, porque mi papá era católico y nosotros los aprendimos. Los deberes de la casa y el trabajo ocupaban todo nuestro tiempo, y a veces encontrábamos espacios para jugar.

“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. Estaba viva.”

¡HASTA ENCONTRARLOS!

Yo jugué fútbol desde los once años, fui delantero. Recordar esos buenos tiempos en los que jugábamos pelota con los amigos y vecinos de la finca me emociona.

A los quince años empecé a trabajar ya más formal, estuve en varios trabajos en la finca, pagaban muy poco, apenas me daban cincuenta centavos por día o por tarea y era un trabajo muy duro.

El 27 de mayo de 1967, cuando tenía 21 años me casé con mi primera mujer, se llamaba María López Pú, la vida con ella fue muy buena, nos llevábamos muy bien, nunca peleábamos. Por aquellos años, ya daba mis primeros pasos para ser líder de mi comunidad, me dejaron como directivo de "Acción Católica", más adelante fui alcalde auxiliar del cantón, a mí me gustaba hacer ese servicio comunitario.

Cuatro años vivimos un poco más tranquilos, en 1971 las cosas se pusieron más difíciles, el maltrato hacia los trabajadores aumentó. Ya no se podía seguir de la misma manera, y al igual que otros comunitarios, decidí salir hacia la costa. Trabajé dos meses en la finca Pantaleón, cortando caña bajo el sol, **¿se imaginan como es trabajar así?**, trabajé durante la zafra. "La zafra" es la época del corte y cosecha de la caña de azúcar, para cortar la caña se quema el campo para eliminar la maleza y atrás va uno cortando la caña con machete, en medio del calor de la costa y del campo incendiado, así fueron sesenta días de trabajo duro. Al final, lo que gané fue muy poco, regresé enfermo de paludismo; y todo el dinero se fue en medicina, no quedó nada para la familia.

Y pronto, todo empeoró, el miedo empezó a sentirse en la comunidad, la guerra nos estaba alcanzando. Ya no era solo lo que se oía, era lo que se vivía. A principios de los años 80, la guerra ya estaba en muchas partes del país, y en las comunidades como la nuestra empezó a sentirse más fuerte. Llegaban soldados, preguntaban por la gente, y uno ya sabía que algo estaba pasando.

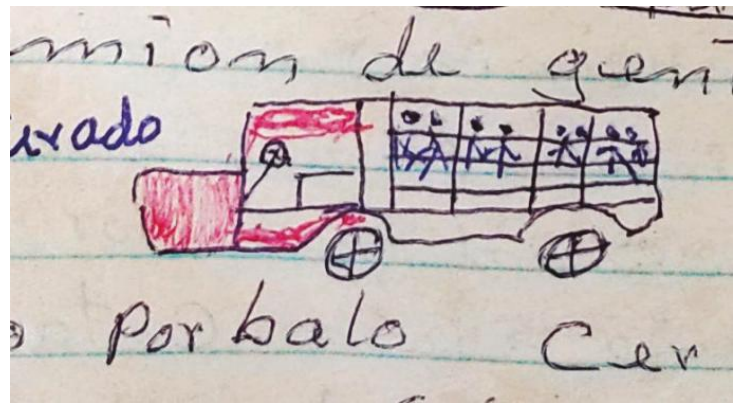
El miedo se fue quedando. Se sentía en la

comunidad, entre la gente, se sentía en el día y también en la noche.

EL CAMIÓN DEL TERROR DEL EJÉRCITO

El 4 de mayo de 1981, entraron hombres armados, rodearon la finca y reunieron a la gente frente a la iglesia. El ambiente era tenso, nadie hablaba, había un silencio grande, había puro miedo.

Después comenzaron los disparos, ese día murieron varias personas. Los soldados se llevaron a treinta y nueve vecinos, era gente buena, gente conocida, se los llevaron en un camión y ya no regresaron.



"Por eso yo le digo a ese tiempo la guerra sucia. Porque éramos pobres contra pobres. Ahí se rompió la comunidad."

EL DÍA QUE SE LLEVARON A MIS HIJOS

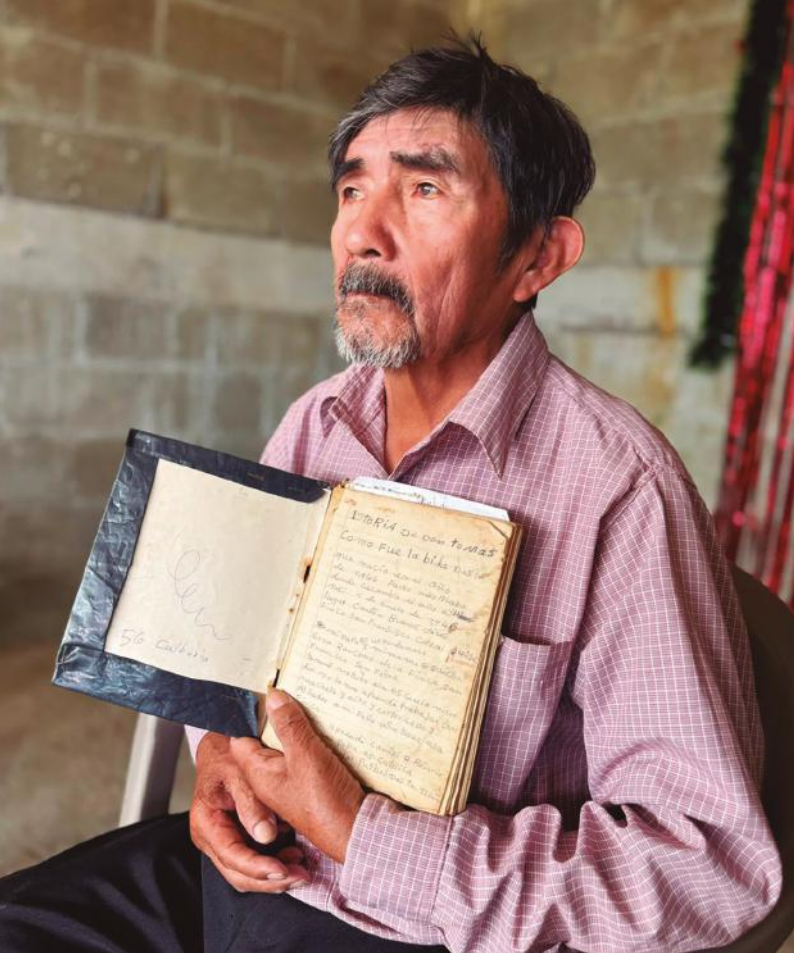
Al año siguiente, en mayo de 1982, los soldados volvieron a llegar. Era día domingo, todavía me acuerdo bien. Estábamos en "Las Guacamayas", eran como las once de la mañana, estábamos comiendo unas hierbas, sin sal y sin tortillas. Estábamos sentados, comiendo tranquilos.

De repente empezaron los disparos y las bombas, ya no nos dio tiempo de nada. Comenzaron a prenderle fuego a las casas, el humo empezó a levantarse rápido, y la gente salió corriendo. Unos gritaban, otros buscaban a sus hijos, otros no sabían ni para dónde ir.

Aquí fue cuando todo en mi vida se desordenó, se llevaron a 4 de mis 5 hijos:

Ana de 10 años,





Magdalena de 7 años,
Julia de 5 años
Y el pequeño José de 3 años.

En medio de ese ruido, de los disparos, del humo... ya no los pude tener cerca, ya no los pude proteger, fue rápido, muy rápido, ese día se los llevaron. También se llevaron a mi hermano Diego, iba débil porque no había comido, la comida había escaseado desde antes. No aguanté caminar, lo dejaron tirado en el camino. Destruyeron todo, ya no nos podíamos quedar ahí, tampoco podía irme solo.

*Yo me quedé con Isaías, mi hijo más pequeño, solo con él, a veces uno piensa que va a poder hacer algo, pero ese día no se podía hacer nada. Yo ya tenía responsabilidad en la comunidad, la gente me miraba y me decía: **¿Qué hacemos?, ¿Para dónde nos vamos?***

Y fue así como nos fuimos a la montaña, no solo para escapar, sino porque había que cuidar la vida de los que quedábamos. No fue poco tiempo el que vivimos en la montaña, 15 años vivimos allá, sin sal, sin maíz, sin tortillas, solo sobreviviendo, ahí, en la montaña murió mi esposa, estaba embarazada, un día escuchó la explosión de una bomba y al poco tiempo murió del susto.

LA OTRA HISTORIA

En esa incursión militar en mayo de 1982 en Las Guacamayas, iban además de los soldados, patrulleros de autodefensa civil (PAC), las PAC eran patrullas formadas por hombres civiles de comunidades donde el ejército tenía control. Muchos de ellos, reclutados a la fuerza o bajo el argumento de que participar era estar del lado correcto o porque no tenían opción: o eran patrulleros o los mataban por simpatizar con guerrilleros.

Además, los patrulleros eran hombres de todas las edades, organizados en cuadrillas, que “servían” por turnos. Ese día, en la incursión de Las Guacamayas, iba un patrullero en particular, era un joven de origen Maya-Q’eqchi’, tenía cuando mucho 20 años de edad, a pesar de su juventud, era casado, su esposa tenía 15 años en ese entonces, ese patrullero se convirtió en el padre adoptivo de una de las hijas perdidas de Tomás, específicamente de Julia. Este patrullero con el pasar de los años, relataría:

*Estábamos en la comunidad, la gente corría aterrada, desesperada y entre la corredera vi a una niña pequeña, sola, llorando, en medio de todo el caos que había en ese momento, de repente vi que uno de los soldados levantó su machete, quería matar a esa niña, y no sé de dónde me salió la fuerza para decirle: **“no la mate, mejor démela a mí, mi esposa y yo no podemos tener hijos, la creceremos como nuestra hija”.***

*El soldado bajó su machete, y me dijo: **“llévatela pues”** y fue así como me llevé a la niña, me la llevé a mi comunidad, se la llevé a mi esposa, la adoptamos como nuestra hija. Años después tuvimos más hijos y formamos una familia grande. Pero a la niña nunca le faltó nada, era nuestra hija, es nuestra hija y siempre la apoyamos, ahora ya es grande, está casada y tiene sus propios hijos.*

LA BÚSQUEDA: CAMINAR HASTA ENCONTRAR

Tomás nos cuenta: *El tiempo pasó y a principio de los años 2000, ya habíamos salido de la*

“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. Estaba viva.”

¡HASTA ENCONTRARLOS!

montaña y empezábamos a reconstruir la vida en la comunidad, ahora en la Zona Reina, Uspantán, El Quiché, por ese tiempo llegó el personal de la Liga, del Programa Todos por el Reencuentro, me dijeron que estaban entrevistando a personas que habían perdido a sus hijas o hijos durante la guerra, yo me animé a dar mi testimonio y abrieron un expediente por cada uno de mis hijos.

Me dio confianza hablar con ellos, porque llegar a la comunidad no era fácil, había que caminar muchos días entre el lodo o en el mejor de los casos, también llegaba una avioneta con mercadería desde Cobán, y ellos llegaron, no esperaban a que uno fuera a una oficina.

Yo les conté mi historia, les hablé de mis hijos, de cómo los perdí de vista, de cómo me quedé sin ellos. Mi testimonio lo acompañé con mi diario. Desde los años de la guerra, yo quería ir documentando mi historia y cuando no encontraba las palabras también hacía dibujos, por las noches me ponía a escribir y dibujar lo que había pasado durante el día o durante algún evento grande.

En mi cuaderno está mi historia, y, aunque han habido veces que por diferentes circunstancias he estado a punto de perderlo, siempre lo he recuperado. Mi cuaderno es muy importante para mí, allí está mi historia, está para recordarme todo lo que he vivido.

6

“Yo nunca dejé de buscar a mis hijos, desde el día en que los perdí, siempre hice lo posible para buscarlos y encontrarlos, cuando el programa conoció el caso, la búsqueda siguió, pero ya con más apoyo.”

No era fácil avanzar en la investigación, los caminos estaban en mal estado, no llegaban seguido a visitarme, pero no dejaban de buscar. Con el tiempo comenzaron a aparecer pistas. La información no llegaba de una sola vez, sino poco a poco, en conversaciones, en nombres que coincidían, en relatos que se cruzaban entre comunidades.



En el momento que se hacía el seguimiento de los casos de don Tomás Choc, ya existían casi cien casos documentados, tenían un expediente abierto y estaban en investigación. Se realizaban varias investigaciones al mismo tiempo.

Con Don Tomás entendimos, las sabias palabras del Padre Jon Cortina, él decía: **“la vida se abre camino sola”**, y así fue, la información llegó de la forma más inesperada. Un día, dos integrantes del equipo estaban investigando por el Ixcán, visitando varias comunidades en un carro de la Liga de Higiene Mental, por el camino, encontraron a una pareja de señores que pedían jalón y decidieron subirlos.

Ellas les preguntaron en que comunidad vivían, y en cuanto ellos mencionaron la comunidad Asunción Copón, se inició una plática entre las chicas del equipo de búsqueda y el señor, quien era el que hablaba. A una de ellas se le hizo familiar el nombre de la comunidad y se acordó de uno de los casos de Tomás, por lo que decidió preguntarles por unas personas que buscaban en Asunción Copón.

El señor escuchaba con atención y en cuanto conoció los motivos por los cuales ellas buscaban a esta persona, decidió romper el silencio. Eran ellos, los padres



adoptivos de Julia, la niña de cinco años que casi mata el soldado a machetazos en Las Guacamayas, el señor les dijo que ellos eran las personas que buscaban y que justo estaban regresando de visitar a su hija en Santa María Samacoch. Las investigadoras les pidieron si podían regresar para conocer a Julia, a lo cual amablemente accedieron. Él les contó esa parte de la historia que hacía falta (cómo él se había quedado con ella) y fue profundamente conmovedor, esa historia sigue siendo conmovedora e increíble a la fecha.

Después de eso se visitó a Tomás para preparar el reencuentro con su hija, se le informó: que ya estaba casada, donde vivía y que debido a la familia que la adoptó, ella había asimilado la cultura y el idioma Q'eqchi'. Era un acontecimiento importante, era el primer reencuentro y se tenían muchas dudas, pero tenía que ser lo mejor posible. Se acompañó tanto a Julia como a Tomás.

EL REENCUENTRO: VOLVER A MIRARNOS

La fecha del reencuentro llegó, fue el 28 de octubre de 2001, en la comunidad de Julia, Santa María Samacoch, en Ixcán. Tomás quien bajó de la Zona Reina hacia Cobán, iba nervioso, emocionado, no lo podía creer.

Iba acompañado por todo el equipo del Programa Todos por el Reencuentro y también, por una intérprete del idioma Maya-Q'eqchi', una connotada maestra, luchadora de causas sociales que vivía en Santa Cruz Verapaz.

Era época de lluvia, el camino era lodoso, difícil, pero esto no impidió que llegaran a su destino. Julia los recibió con un bebé en brazos, acababa de ser madre y cuando Tomás se acercó a Julia en un tímido abrazo, todo el trabajo valió la pena. Tomás de una forma simbólica, le obsequió un manto con tejido K'iche' y se lo puso sobre la cabeza.

“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. El tiempo había pasado. La vida la había llevado por otro camino. Pero ahí estaba. Viva.”

En ese momento, frente a quienes estaban presentes, la volví a reconocer como mi hija. Y también fue una respuesta a tantos años de búsqueda, no solo mía, sino

de todos los que ayudaron a buscar.

Agradezco a la Liga de Higiene Mental, por haberme ayudado a encontrar a mi hija Julia, agradezco también a la familia que la crió, sin ellos mi hija estaría muerta. Y a la gente le digo, que no pierdan las esperanzas. A todos los que buscan, no se rindan, no dejen de luchar, busquen a sus familiares.

Después de encontrar a Julia, con los años también apareció mi hija Ana. De los cuatro hijos que perdí, todavía me faltan dos: Magdalena y José, tengo la esperanza de que como eran pequeños, también se los llevaron y encontraron familias buenas, que les dieron una buena vida, tal y como pasó con Julia, mientras tanto, yo no pierdo la esperanza de encontrarlos, aunque ya tenga 80 años y vaya de salida. Mi corazón de padre me lo dice.

El reencuentro de Tomás nos enseñó el camino, marcó el inicio de los Reencuentros y gracias a la confianza y el cariño de las y los familiares miembros del Programa, hemos trabajado por 27 años, logrando hasta la fecha **547 reencuentros familiares.**



“Después de tantos años, mi hija estaba frente a mí. Estaba viva.”

Tomás Choc y su hija Julia

Reencuentro N°1

21 de octubre de 2001



**“Solo quiero que sepas:
Que estoy aquí
Con mi corazón abierto
Con un cajón lleno de
historias
Con una casa llena de
pájaros
Con un invierno auestas
Y sobre todo, con unas ganas
inmensas de ABRAZARTE...”**

Nora Murillo